

SUGERENCIAS ACERCA DEL MANDO EN BLANQUERNA

Raimundo Lulio es, ante todo, un gran misionero y toda su inmensa producción literaria tiene finalidad práctica, la realización del Reino de Dios en las almas mediante la predicación evangélica y una intensa y ejemplar vida cristiana. La influencia agustiniana, unida a su temperamento levantino, hicieron de él, con la gracia de Dios, un genio universal y un doctor Iluminado de la Santa Madre Iglesia.

Y es que la Revelación de Dios es un todo lleno de vida, abarca la vida y la doctrina, el hacer y enseñar como «Cristo hizo y enseñó».¹ Vida y enseñanza forman un organismo vital; no se pueden separar sin amenazar gravemente al organismo en su propio ser y en su virtualidad. Duns Escoto dice que los maestros de la Iglesia deben enseñar a los demás mediante la palabra de la verdad y por el ejemplo de la sinceridad.²

Raimundo Lulio, con su «cor irrequietum», escoge en su Blanquerna el camino más apto para atraer a las gentes al redil de Cristo: un cristianismo vivido. Aunque en otras obras se esfuerce en buscar razones para mover los corazones a la fe, en Blanquerna deja de lado las especiosidades conceptuales y prefiere el ejemplo. No teoriza en este tratadito sobre el alma humana, sino que advierte que, junto a él, y también junto a nosotros, hay almas que anhelan y se estremecen y que esperan una palabra que conduzca a lo eterno.

La verdad teológica respalda todas las acciones de los juglares y trovadores de la fe; pero aquella va tan inmersa en la vida que forma con esta un árbol frondoso lleno de hojas, flores y frutos. Es la Revelación que ahonda sus raíces en el mantillo de la humanidad.

¹ Act. 1, 1.

² Ox. 3, d. 25, q. 1, n. 6.

La política del régimen de Blanquerna podría llamarse la «política de Dios y buen gobierno del mundo». Y en realidad, la política más eficaz consiste en hacer mejores a todos los que se dedican a la política o están sujetos a sus resultados. En relación con la Iglesia, el medio más eficaz de reformarla es el sufrir y sacrificarse por ella, porque la Iglesia no necesita de reformadores, sino de santos que encarnen en vida su doctrina. Un ejemplo bien patente lo tenemos en nuestra época: desde hace 75 años venimos los católicos derramando por el mundo un vendaval de doctrinas sanas en el orden social ¿Con qué resultados? ¿Por qué? Porque no hemos echado por delante un conductor que las encarne y arrastre con el ejemplo.

Lulio inventa sus personajes, pero éstos están, en realidad, arrancados de la vida que le rodea, con todos los altibajos que lleva consigo una humanidad que necesita de redención y una Iglesia que necesita de santos.

No pretendo hacer un trabajo exhaustivo del pensamiento del doctor Iluminado sobre el gobierno de Blanquerna, sino tan sólo anotar las sugerencias que la lectura del libro tercero y cuarto, que trata de la prelación y del estado apostólico respectivamente, ha suscitado en mí. Pretendo que Lulio nos ayude a solucionar nuestras intranquilidades y dejo a la investigación histórica el análisis de las fuentes y de los textos venerandos del autor.

I. NOLENTIBUS DAT ECCLESIA

Blanquerna esta consciente de lo que significa aceptar las dignidades que le ofrecen. Sabe que contra ningún pecado previene el Señor con tanta insistencia y severidad, como contra el inmoderado afán de mando. Luego de conferir la primacía al apóstol Pedro, Jesús lanza la terrible apóstrofe: «Vade Satana»! A ese mismo apóstol que acababa de encumbrar le dice: «Apártate de mi vista, Satanás, me eres piedra de escándalo; pues tus miras no son las de Dios, sino de los hombres».³ Los hermanos Zebedeos encargaron a su madre expusiera a Jesús sus planes ambiciosos⁴ y poco faltó para que un altercado, sobre ese mismo punto, alterase la paz de la última Cena,⁵

³ Mt. XVI, 23.

⁴ Mt. XX, 25.

⁵ Lc. XXII, 24.

Cristo previene a los suyos contra la hinchazón y la soberbia: «En verdad os digo: no es el siervo más que su amo, ni tampoco el enviado más que el que le envió». ⁶

Lulio tiene muy presentes las calamidades que sobrevinieron a la Iglesia en el siglo X y XI por la ambición de mando de sus servidores. Su Blanquerna debe ser modelo de prelados y pontífices, purificado de todo género de miras bastardas y humanas. Lulio no abandona la idea del imperio universal cristiano, pero los métodos para conseguirlo tendrán que ser muy otros: el ejemplo de los de arriba y el convencimiento que da una vivida y sincera predicación apostólica.

El imperialismo universal soñado por los idealistas (814-1073) era idea demasiado sublime y elevada para que la imperfección humana no pusiera a veces trabas a su aplicación discreta en la práctica. Y es que la potestad espiritual no puede ser un régimen despótico, no le cuadra el tono brusco y mandón, ni le está bien dominar con imperio. «Si alguno de vosotros quiere ser grande, que se haga vuestro servidor; y quien desee ser el primero, hágase siervo de todos». ⁷

Los personajes de Lulio, para el perfecto régimen de la Iglesia, son encarnación de las virtudes del Maestro, que tienen que ser grabadas con fuego de heroísmo en el corazón humano. Blanquerna conoce el problema que se le plantea y las soluciones que llevaba grabadas en su alma para poderlo realizar. Por eso afirma rotundamente «que no será obispo, a menos que ellos otorgasen y consintiesen en aquellas ordenaciones y que enviaba al Papa para suplicarle las confirmase y caso que no las confirme, que le escusen de ser obispo, pues no quería ser pastor sin poder defender sus ovejas de los lobos». ⁸

El doctor Iluminado intuye la misión de la prelación, el ser mediador nato entre el derecho común y el derecho particular, un contrapeso o freno a los abusos de índole temporal. Los representantes de la religión son hombres al fin y al cabo y los puede acometer igualmente la ambición de mando. Mas, en ellos esa ambición trae peores consecuencias para la sociedad y para la libertad de conciencia de los ciudadanos, que la ambición de unos gobernantes seculares. Siendo como son los custodios natos de la libertad pública, si ellos

⁶ Joh. XIII, 16.

⁷ Lc. X, 43-44.

⁸ RAIMUNDO LULIO, *Obras Literarias*, Ed. BAC, c. 68, p. 358.

prevarican ¿a qué autoridad se podrá recurrir? Blanquerna se mantiene dentro del campo de su poder espiritual, contempla el mundo como una imagen del juicio universal, la historia humana como historia sagrada y, desde la fortaleza inexpugnable del evangelio, empleará una pedagogía divino-humana, que está por encima del vaivén de los tiempos y de los antojos personales.

El Papa accede a los deseos de Blanquerna y éste empieza por la ordenación de los estudios y después por las bienaventuranzas.⁹ El estudio llevaría a los predicadores del evangelio al conocimiento de las almas; la práctica de las bienaventuranzas atraería a las almas al redil de Cristo, pues hay que lanzar hechos por delante para que las razones prueben.

El programa de acción que Lulio presenta a su personaje no es como para ser ambicionado, miradas las cosas con ojos meramente humanos. Ser todo para todos, a fin de salvarlos a todos¹⁰ significa ser el paño de lágrimas, no solamente de las almas a él confiadas, sino de los recintos de la vida humana que, «ratione peccati», dependen en alguna forma de la moral cristiana. Significa constante sacrificio y entrega en aras del bien espiritual y también temporal de sus subordinados. El pueblo al cabo sólo escucha a los héroes, esto es, a quienes llegan a él precedidos de renunciamentos y caridades, a quienes, más que con palabras, les vienen con ejemplos.

Por ser difícil a la humana flaqueza llegar a ese grado de renunciamento que el mando exige, el aspirar y ansiar, humanamente hablando, el gobierno y dirección de la sociedad más santa que existe, equivale a ser ciego, presuntuoso y soberbio o, cuanto menos, querer establecer un angelismo que nunca ha existido ni existirá mientras seamos hombres y andemos por este mundo.

La codicia, la ambición y los pecados espirituales en general, encierran más malicia y responsabilidad que los pecados de la carne, como lo reconoce la teología moral tradicional.¹¹ El pontificado de un Alejandro VI, a pesar de sus lamentables escándalos, que todavía se recuerdan hoy, no tuvo ciertamente unas consecuencias tan desoladoras para la Iglesia como el pontificado de un Bonifacio VIII, que se sintió dominador del mundo. Al rey de Francia le dice: scire te

⁹ l. c., c. 68, p. 358.

¹⁰ 1 Cor. IX, 22.

¹¹ St. Thomas, 1-2, 73.

volumus, quod in spiritualibus et temporalibus nobis subcs.¹² ¿Y que diremos de Juan XXII? El mismo Paulo IV que era piadoso, de austera moralidad, de gran alcance intelectual y de mucha firmeza de caracter, ocasionó a la Iglesia, con su temperamento dominante y su apego exagerado al poder, más profundas heridas que los papas aseglarados del Renacimiento. Dice Ludovico Pastor¹³ que S. Ignacio confesó a algunos de sus confidentes que, al enterarse de la elección de Paulo IV, a quien conocía personalmente y con el que estaba de acuerdo para emprender la reforma de la Iglesia, «le habían temblado todos los huesos del cuerpo»; y, dada la grandeza de alma del Santo de Loyola, es de presumir que no temblaría por los peligros que se cernían sobre la Compañía.

El ansia de dominar constituyó, en todas las épocas de la Historia Eclesiástica, la raíz venenosa de donde brotaron la mayor parte de las situaciones más intrincadas que se han conocido. He aquí por qué Lulio perfila tanto y escoge para las dignidades a «aquellos que más fuertemente se escusan y renuncian, como se convenga con las demás condiciones que corresponden al hombre digno de ser elegido. Blanquerna no admite hasta que uno de los cardenales le dice que, si él era Papa podría ordenar todo aquello que deseaba cumplir para la solución de las cuestiones planteadas... Y con gran temor y esperanza en Dios que le ayudaría acepta la dignidad papal... y dice a los cardenales: si por vosotros soy elegido Papa, os pido que me ayudéis, como por igual querer y saber usemos del poder que se me ha dado en procurar que Dio sea amado y su pueblo bienaventurado». ¹⁴ Sigue Blanquerna tan humilde como antes, pida la ayuda de todos. Y es que cuanto más alta es la dignidad y más encumbrado está uno, más obligado está a ser bueno y humilde. La verdadera grandeza es libre, familiar, se deja tocar y nada pierde cuando se la ve de cerca; se dobla por la bondad hacia los inferiores y sin esfuerzos recobra su dirección natural. Así le veremos siempre a Blanquerna, con un tacto esquisito y de respeto hacia sus subordinados. Se ha dicho, con mucha verdad, que la cuestión social es una cuestión de atenciones. Cuando más elevado esté uno, con tanto más miramiento ha de tratar la susceptibilidad de sus subordinados, porque una flecha, cuando

¹² KNÖPPLER, *Historia Eclesiástica*, p. 349.

¹³ *Historia de los Papas*, ed. esp., vol. XIV, p. 213.

¹⁴ R. LULIO, l. c., c. 79, p. 396-7.

cae de más alto, más honda se clava, y si toca el corazón puede ser mortal. Una injuria en boca de un superior abre en el alma del inferior una herida incurable. El juglar de Valor decía que humildad, caridad, verdad y paz eran hermanas de Valor.¹⁵

II. MANDO CON EQUIPO

Blanquerna acepta el cargo «con gran temor y esperanza en Dios que le ayudaría» e invita a sus allegados a que colaboren por «ignal querer y saber». No olvida que es hombre y exige a sus colaboradores absoluta sinceridad, que siempre ha prestado a la autoridad mejor servicio que el sí bizantino de los hipócritas. La disputa abierta de San Pablo con San Pedro,¹⁶ de Santa Catalina de Sena con Gregorio XI y Urbano VI reportaron infinitamente más bendiciones a la Iglesia que la aceptación «humilde» de hechos en sí censurables. Es indudable que los grandes hombres de la historia deben en gran parte sus éxitos a la magnanimidad de sus colaboradores. La decadencia procede siempre de los falsificadores de la verdad y la realidad de los hechos no perdona lo que se hace a espaldas suyas.

Lulio crea los más variados personajes, cada cual con sus proyectos e ideas, y los hace desfilar por delante de Blanquerna. Este oye, corrige, acepta, orienta; tiene ocasión de conocer a los mejores, sus habilidades y propósitos y traza su programa de ordenación acoplando a cada uno en su sitio, de acuerdo con su peculiar devoción. Porque la autoridad no consiste en sólo mandar, sino en escoger a los que han de realizar, educarlos, animarlos, sostenerlos y revisarlos. Y será auténtica cuando sabe hacerse obedecer y amar, pues, superior no es el impuesto, sino el que se impone y sabe mandar a los hombres. El superior, dice nuestro personaje luliano, no es más que el mandatario del bien común: «En gran servitud me hallaba yo cuando era abad, mas ahora estoy en mucha mayor, pues con más grande afán y peligro guarda el pastor a sus ovejas cuando gordas que cuando flacas. Y así pues habéis querido que yo sea vuestro superior, os pido ayuda y consejo para ser buen pastor y guardar bien mis ovejas».¹⁷

La experiencia enseña que los superiores más queridos y más cir-

¹⁵ I. c., c. 81, p. 413.

¹⁶ Gal. II, 11.

¹⁷ R. LULIO, I. c., c. 68, p. 356.

cunspectos son los que se ofenden menos de las objeciones de sus súbditos. Los de poco talento, empero, no las sufren nunca y recurren inmediatamente a gestos displicentes y a palabras rimbombantes para ocultar su medianía y su inseguridad.

El sentido auténtico de «crítica» es juzgar, discernir, y esto, en vez de ser peyorativo, es una virtud cristiana. San Pablo nos dice que «con el largo uso tengan ejercitados sus sentidos espirituales en discernir el bien del mal»¹⁸ y enumera incluso el don de discernimiento entre los grandes carismas del Espíritu Santo, junto al don de hacer milagros y al don de hablar idiomas no estudiados.¹⁹ Cosa diferente es el concibir el «KRINEIN» en sentido vulgar de murmuración. En la regla de San Benito juega un papel decisivo la «discretio»; o sea, el don de discernimiento, la sana crítica, la madurez de juicio. Como don del Espíritu Santo no está reservado sólo a los que gobiernan, sino que es un hábito que acompaña a los influjos de la gracia. La gran sabiduría de Blanquerna consiste en aprovecharse de los consejos de sus colaboradores, rogando siempre al Señor le concediese acierto en el momento de la decisión. «Y Blanquerna rogó muy encarecidamente a los cardenales que le ayudaran a usar de su oficio en dar gloria a Dios, de tal manera que las gentes pudiesen restituirse a la intención por la cual son los oficios y las ciencias y dar gloria a Dios, por cuanto el mundo ha llegado a tan grave defecto, que apenas hay hombre alguno que tenga verdadera intención al fin por que es creado, ni al oficio en que está constituido».²⁰

El prelado no puede saberlo todo ni siquiera un poco de todo, sino que debe tener dominio de las cosas y de los acontecimientos para tomarlos mirados desde lo alto, debe dar teleología al conjunto humano. Y para ello debe tener sentido de la realidad, no lamentándose estérilmente de los defectos de los subordinados, sino poniendo todo el empeño en aprovecharlos según su capacidad. Hay que estudiar a los individuos y cada caso concreto. Las soluciones totalmente hechas son cosa de empleados de oficina, es decir, de los que no se atreven, o porque no saben, o porque no conocen más que el famoso «precedente» administrativo, padre de la odiosa rutina que atolla tantas energías para transformarlas en estériles.

¹⁸ Hbr. V, 14.

¹⁹ 1 Cor. XII, 10.

²⁰ R. LULIO, l. c., c. 80, p. 403.

Blanquerna encontró a sus hombres, los mejores, los más aptos para sus respectivos puestos. El secreto del hallazgo fué la sinceridad con qué les habla, el aprecio que tiene de sus talentos y el alto fin que le mueve en sus empresas. Entonces los hombres aguantan ser mandados y hasta lo desean. El que manda tiene que ser sagaz para rodearse de consejeros y seguro de juicio para tomar decisiones por sí solo. Cuando por falsa humildad, por reparo a las responsabilidades el superior no toma una decisión, prepara un estado de anarquía cuyas consecuencias cargará la misma autoridad con la sociedad que representa.

Así, para mantener más la conexión con los colaboradores y para que no se introdujese en la corte el egoísmo, que todo lo avasalla; para que la sinceridad fuese absoluta y no existiese esa fría y distanciada reserva entre superior y súbditos, que indica poca fe en la autoridad que se tiene, Blanquerna ordena que un día a la semana el Papa tenga consistorio con los cardenales tan solamente, y que en él cada uno acusase al otro, como lo hacen los religiosos en su capítulo, y que cada uno de los cardenales pidiese venia y tomase disciplinas por sus faltas en presencia de los otros. Y este mismo establecimiento fué ordenado por los mismos cardenales, en que un día a la semana tuviesen capítulo cada uno con sus oficiales. Después fué ordenado que uno de los cardenales tuviese capítulo a los escribanos un día a la semana y después de aquel otro cardenal, y asimismo los jueces y abogados de la corte, según se seguían por orden.²¹

Una crítica hecha en público, aunque infundada, resulta menos dañina que el descontento sordo y reconcentrado, el cual contagia a muchos y estalla un buen día después de una larga fermentación. Y si a esto se añade un «ficheo» silencioso y definitivo por parte del superior resulta la explosión mucho más fuerte por estar basado en una injusticia debilitante. Porque el individuo en cuestión podrá intentar mejorarse pero, ante la «ficha», le asalta el pensamiento: ¿para qué?

La actitud más leal y franca frente a los defectos que observamos en la Iglesia y por consiguiente en nosotros, es el reconocerlos y corregirlos. La sinceridad y la nobleza son hijas del amor y este es solidaridad y entrega desinteresada. Lulio lo vió y establece la lealtad

²¹ l. c., c. 79, p. 402.

absoluta como base de su ordenación. La autoridad fuerte es la que está apoyada por la fuerza del amor leal. La voluntad impuesta a viva fuerza es capaz de impulsar la ejecución momentánea, pero no puede obtener la adhesión total de las voluntades, de los espíritus y de los corazones, absolutamente necesarias al buen mando. Los súbditos sólo conceden esta adhesión guiados con amor profundo y sincero.

III. MANDO Y ALTRUÍSMO

Mandar es más bien servir que dominar; obedecer es cooperar alegremente sin el menor resabio de servilismo vil. Volcar nuestro querer en un «común» querer será sólo posible cuando el que gobierna no individualiza la sociedad sustituyendo el «común» querer por el «querer propio». Un común querer es de todo punto imposible y absurdo donde ha desaparecido el amor. Por eso es precisamente el superior quien, si pierde el amor a sus súbditos, asesta el primer golpe a la obediencia en el seno de toda sociedad de personas virtuosas. Ausente el amor, mudado el superior de padre en juez y de consejero en acusador, el clérigo se repliega sobre sí y, acometido por dramática desilusión, va matando en sí mismo, poco a poco al apóstol, al luchador, al héroe e incluso al mártir, para dar paso ¡y que mal paso! al leguleyo lánguidamente adormecido en las rutinas de unos reglamentos. Y los años y desengaños se cuidarán de ir amansando en sus espíritus los últimos respingos del corage y del ardor que le impulsaron a los comienzos a abrazar la vocación sacerdotal. Nuestro doctor Iluminado lo tiene esto presente, ve los escollos de un mal gobierno y quiere que su Blanquerma se entregue al servicio de las ovejas a él encomendadas con altruísmo ejemplar. «He prestado juramento», dice, «de no tomar dádivas de hombre ninguno por servicios ni sobornos... porque se debe vivir tan inflamados de amor y unidos con el honor, que Dios sea honrado en la corte y sufran voluntaria y gustosamente trabajos y afares sin satisfacciones humanas. Otra cosa es hacer un deshonor a Valor y faltar a la obligación y al Papa a quien prometieron, con todo su saber y querer, ayudar a mantener el poder que tenían en honrar a Valor».²² Y en otro lugar: «Con vuestro consejo y voluntad quisiera ordenar la iglesia de tal forma que todos pudiésemos obtener las ocho bienaventuranzas. Empezando

²² I. c., c. 79, p. 399-400.

por mis rentas hago de ellas tres partes: la una quiero que sea repartida entre los pobres de Cristo; la otra se gaste en pacificar a los que están en enemistades y disensiones, y la tercera, para mi manutención.²³

El mandar es una función pública; para ella se prepara uno desembarazándose del mezquino egoísmo de las preocupaciones demasiado interesadas y de la vanidad que suele acompañarla. Decía Lacordaire que «todo lo grande del mundo está hecho a la voz del deber; y todo lo que en él se ha hecho de miserable se hizo en nombre del interés». El yo es odioso en el ejercicio de la autoridad ya que ésta, si no es humilde, resulta grotesca. Mandar es servir; servir a Dios, en cuyo nombre se manda. Toda autoridad que no se funda en El es al fin ilusoria y usurpada. Se es prelado en nombre de Dios y unicamente para realizar en los otros hombres una imagen que se acerque a Dios, ayudándoles a hacerse más hombres, adquiriendo más conciencia de su dignidad de criatura de Dios y utilizando las facultades que del Señor recibieron. Así los súbditos se alegran al pensar que el superior no está más que para ayudarles a querer lo mejor. Pero tan pronto como aparece el «yo», desaparece el espíritu de solidaridad entre los de arriba y los de abajo, para ceder el paso al orgullo que hace que, apuro de referirlo todo a sí mismo, se llegue a ser incapaz de comprender las necesidades ajenas y, por tanto, de colaborar con ellos.

El orgulloso se rodea siempre de halagadores, que no ven más que por sus ojos, privándose de la ayuda de personas que pueden ver las cosas desde otro punto de vista. De esta suerte el orgulloso pierde el contacto con el medio en que vive y no puede guiar con conocimiento de causa, con desinterés, buscando el bien de las almas.

Los trataditos de Lulio sobre el gobierno de Blanquerna, que nos suscitan todos estos comentarios e ideas, están plagados de ejemplos concretos, entresacados de la cantera de la vida, en que el egoísmo de unos se enfrenta con la timidez e inocencia de otros. La misión de Blanquerna, con todo el equipo que él ha formado, consiste en ir perfilando voluntades, limando aristas en nombre de Dios y movido por la caridad y el bien de sus almas, establecer la armonía y la concordia entre ellos.

En la contienda que un obispo tiene con un príncipe «Blanquerna

²³ l. c., c. 68, p. 357.

quiso que el rey le manifestase el punto sobre el que lidiaba con el obispo, y el rey le enseñó los lindes hasta donde pretendía extender su señorío. Blanquerna dijo al rey que según tenía entendido, aun se extendía más allá su señorío, y por eso quiso que el rey tomase algo más de lo que era de la Iglesia, porque más apreciable era la paz que de esto resultaba que no valía la renta que el obispo percibía de aquella porción. Turbado el rey por semejante generosidad dijo: venid, señor, y tomad vuestra parte de mi porción, de la cual por mucho tiempo he desheredado a la Iglesia». ²⁴

En toda sociedad hay tantos elementos de discordia como socios, porque cada uno entra en ella con la mezquindad de su egoísmo. La autoridad tendrá que ser siempre el principio de la unidad y cohesión, capaz de exponer e imponer a todos el bien colectivo. Y esto difícilmente lo consigue si no tiene amor a sus semejantes y la cultura suficiente que le permita valorar los auténticos valores y al mismo hombre. Se necesita saber servir, con servicio desinteresado, perseverante, resuelto, que reclama convicciones, entusiasmo y carácter.

Este carácter y desinterés se manifiesta en Blanquerna enviando delegados a las curias para honrar, asistir y abogar por los pobres, por los huérfanos y viudas que no tienen quien los defiendan, y esto sin paga o salario alguno. Y quiso que fuesen castigadas las justicias, jueces o cualquier oficiales o ministros que debidamente no se hubiesen portado bien en el empleo y oficio que tenían encomendado. Ningún hombre podría ser despojado de cosa alguna que fuese precisa para ejercer su oficio, ²⁵ pues nunca se puede atentar contra el derecho divino-natural.

Para no dar ocasión a estos atropellos e injusticias, con un criterio muy realista, «ordenó Blanquerna ayuda supernumeraria para los gastos extraordinarios, y tan suficiente que no tuvieran necesidad de tomar de ninguna persona servicio alguno ni soborno. Con lo suficiente no habría disenciones entre empleados de la corte, ni soberbia el uno contra el otro. Y los que van a la corte a sus pretensiones no serán esquilados ni se les dará ocasión de murmurar del Papa y de sus compañeros, antes bien, concibirán mayor devoción de loar y servir a Dios con el espejo de una santa vida. ²⁶

²⁴ l. c., c. 81, p. 415.

²⁵ l. c., c. 73, p. 374-5.

²⁶ l. c., c. 79, p. 401.

IV. LA LEY POSITIVA

Blanquerna establece como fundamento de sus ordenaciones la ley capital del cristiano, la caridad, la más excelsa de todas las virtudes, por cuanto es la que tira las riendas al más fuerte y refinado de los instintos, el egoísmo. Sin la caridad toda aspiración moral, la sabiduría misma, la fe, el martirio no pasan de ser un bronce que vibra o un címbalo que retiñe.²⁷ La caridad y la coacción exterior de la ley positiva están en razón inversa, es decir, a más caridad menos coacción exterior y a más coacción menos caridad. Hoy el ingenuo ciudadano admira gozoso una legislación detallada y no para mientes en que semejante superabundancia de leyes no tiende a fortalecer su derecho, antes bien fomenta su inseguridad. Con ese «mare magnum» de párrafos del Código, el hombre de la calle no se halla más protegido, al paso que el jurisconsulto corre mayor peligro de ceñirse a una interpretación demasiado literal o, lo que es peor, de violar el mismo derecho genuino escudándose en dichas disposiciones legales. Tácito lo advirtió a los romanos de su tiempo: *Pessima respublica plurimae leges*. Toda ley positiva, aunque de momento reporte ventajas a la nación, es siempre un dique que se pone a una pasión desmedida, es el resultado de un abuso. Y cuando los códigos aumentan de volumen es que aumentan los abusos, es signo de que la coacción interna flaquea. Semejante hipertensión puede dar motivo, y de hecho hay manifestaciones patentes en el existencialismo moderno, a que otro Rousseau grite, esta vez en sentido espiritual: *Retournez vers la natura*, y semejante reacción produzca un montón de ruinas.

Lulio, antes de reducir las leyes positivas, procura dar alma a las relaciones de los hombres entre sí implantando la caridad. Con ella simplifica la vida, el código y deja campo más amplio a la libertad para el bien, la libertad de la verdad. Puesto ya este fundamento, Blanquerna se muestra conforme cuando un doctor en cánones le propone que «son tantas las glosas y los escritos que hay en la ciencia del derecho, que el entendimiento entra por ello en gran confusión y, por esta causa, no puede juzgar ni discernir con claridad los hechos ni los pleitos, ni los estudiantes que aprenden aquella ciencia puede bastante instruirse en sus fundamentos. Y por eso aconseja que aquella

²⁷ 1 Cor. XIII, 1 ss.

ciencia sea reducida a arte y a breves principios que insiguiesen necesidad y razón, a los cuales se reduzca toda la ciencia del derecho... La misma súplica presentaron tres maestros, uno en teología, otro en filosofía y otro en medicina... para que la multitud de escritos no ocasionase confusión.²⁸

Las normas del derecho positivo son intentos de captar una realidad espiritual humana. La capta en parte, pero no en su totalidad. El gobernante, consiguientemente, no debe rehusar volver a pensar los problemas, debe sentirse con fuerzas para renovar sus conceptos y los cuadros, porque la vida tiene sus leyes evolutivas. Lo pasado es interesante para explicar lo presente, mas nunca podría sujetar a los que desean hacer el porvenir.

V. ENTEREZA DE CARÁCTER EN EL MANDO

No cabe duda que para romper con una mentalidad social excesivamente legalista o talmudista, se necesita carácter y sentido de responsabilidad. El que teme las responsabilidades y se limita a las cosas fáciles y ordinarias, siempre se hallará falto de inspiración para animar a los demás. El superior ha de tomar iniciativas y para ello tiene que aborrecer la rutina, los caminos trillados, las fórmulas estereotipadas. Un funcionarismo del que dirige causa en él y en los que le obedecen esclerosis. Las decisiones hay que tomarlas antes de que se nos impongan. Se necesita en el que gobierna la virtud tan querida de Blanquerna, el Valor. «La virtud de Valor se lamentaba contra aquellos que le habían quitado y mudado su nombre y todos los días la están persiguiendo en el mundo. Y tienen que existir predicadores y juglares de Valor para que reprendan a todos aquellos que son sus contrarios y alaban a desvalor en apariencia de Valor. Y Valor no debe admitir regalo de nadie porque por las dádivas son corrompidos los juglares alabando a los que deben ser blasfemados y blasfemando a los que deben ser alabados».²⁹ Por eso, cuando preguntan a Blanquerna: «Señor, ¿cuál cosa tiene mayor poder: la verdad o la falsedad? Blanquerna responde diciendo que la verdad tiene mayor poder que la falsedad, por cuanto la verdad tiene la ayuda de Dios y se conviene

²⁸ R. LULIO, l. c., c. 86, p. 439.

²⁹ l. c., c. 78, p. 394-5.

con el ser, y la falsedad no tiene ayuda de Dios y no conviene con el ser... ¿Pues cómo puede la falsedad tener tanto poder en el mundo? Responde Blanquerna que aquel error no previene de que la falsedad sea más poderosa que la verdad, sino que era falta de devoción de caridad y de valor de los que no quieren enseñar la verdad; y por eso como las tinieblas son por deficiencia de la luz, del mismo modo la falsedad y el error es por defecto de aquellos que no osan decir y predicar la verdad». ⁸⁰ Quizás hay en el mundo más pensamientos bajos y malos que pensamientos elevados; pero el poder de un sólo pensamiento de amor es infinitamente superior a un pensamiento de odio. Hay que decir la verdad con caridad y amor y «tan contrario es a la limpieza del corazón el callar la verdad como el hablar contra la propia conciencia». ⁸¹

No hay nada tan dañino como la debilidad y la cobardía y nada tan humano como la firmeza. Los regímenes de cobardía son los que cuestan más al mundo, y en definitiva, son los que pueden acabar y los que realmente acaban con la actividad.

Otra de las formas de «desvalor» es el escepticismo. Un gobernante, con cualquier forma de escepticismo tanto sea éste elegante como cínico, es un destructor de entusiasmos en los súbditos, pues nada hay más descorazonador que escuchar de un superior un «¿para qué?» o un «no hay nada a hacer». Cuando se oiga esta frase habrá que traducirla: aquí está todo por hacer, pero yo no estoy en condiciones de hacer nada. Son los pusilánimes que se pasan la vida preguntándose con que pie han de bailar y esperando esperando jamás bailan.

Nuestro doctor Iluminado es hombre de temperamento y de grandes arranques misioneros. No le tiembla el pulso cuando tiene que corregir a los príncipes y a los constituídos en dignidad. Siempre se tiene que hacer y aspirar a las bienaventuranzas. Su temperamento y pasión misionera están dirigidos por la fe, la esperanza y la caridad, virtudes necesarias para todo aquel que pretenda hacer obra viva y fecunda.

«Para excomulgar al príncipe debían hacerlo con palabras de mansedumbre y contrición. Y la mansedumbre debe vencer al temor despreciando el peligro, incluso el peligro de muerte. Y el predicador de la mansedumbre dijo: Oh príncipe: si en vos hay fortaleza, justicia

⁸⁰ l. c., c. 87, p. 443.

⁸¹ l. c., c. 74, p. 378.

y paciencia y mansedumbre, estas virtudes harán que mis palabras os sean agradables; si, pero en vos se encuentra la ira, la desobediencia e injuria, con mis razones humildes pretendo vencer vuestras orgullosas palabras.³² En otra ocasión aconteció que el arcediano cantó su primera misa con fausto y pompa, acompañado de juglares... El canónigo de Persecución empezó a decir a voces que el arcediano que, con soberbia y vanagloria había juntado tanta gente, no parecía quisiera ser semejante a Cristo, ni seguir su doctrina. El Obispo quiso arreglar el conflicto entre el archediano y la humildad, pero el canónigo reprendió al obispo por haber dado el permiso de empezar con tanto fausto y soberbia el más alto y más noble y más santo ministerio de cuantos hay, la Santa Misa. El canónigo fué golpeado por lo que decía pero él rogaba a la justicia que le ayudase, pues, la defendía...³³ Y de todos estos incidentes entre las virtudes y los vicios salía siempre victoriosa la virtud. Y hubo en la curia emulación de quien bendijera y alabara mejor a Dios. Y Blanquerna consistió en que se disputaran por largo tiempo las cuestiones del mejor camino para bendecir a Dios, para que no se olvidase por largo tiempo en la corte y así, si no se olvidasen, habrían muchos hombres que tomasen ejemplo y modo de devoción en loar y bendecir a Dios. Porque en todos los lugares debe el hombre esforzarse en que Dios sea alabado bendecido y honrado.³⁴

CONCLUSIÓN

Sencillamente hemos meditado sobre el gobierno de Blanquerna. Meditación que a alguien puede parecer una cosa superficial y poco científica. Por lo pronto debiéramos tener un campo más amplio para expresar el concepto «científico», pues no es «verdad que esté todo dicho y que sólo nos queda ser portavoces de los muertos». Hacer pasar los pensamientos de los grandes maestros por nuestra propia alma, significa vivirlos en nuestros adentros y desarrollarlos a nuestro modo. Y sin querer, al pretender expresarlos, se revisten de peculiaridades propias, como las simientes, que cada una realiza su perfecta ontogénesis al amor del sol en la libertad de las eras. Puede suceder que al traducirlos pierdan brillantez e incluso se tergiversen en oca-

³² l. c., c. 70, p. 364.

³³ l. c., c. 76, p. 386.

³⁴ l. c., c. 83, p. 427-8.

siones, pero siempre tendrán algo nuevo porque añaden la sugerencia del que los ha leído y meditado. Responderán a esos impactos que constantemente recibe cada uno y que son inalienables y muy nuestros. Por lo menos habrán ayudado a solucionar nuestros propios problemas o habrán sido motivo y dirección para la solución. Tendrán colorido del tiempo. ¿Acaso los grandes maestros no hicieron lo mismo? Que nosotros seamos pequeños no nos quita el derecho y la obligación de aportar nuestro granito de arena al gran edificio del Reino de Dios.

Las sugerencias acerca del mando que nos ha producido Blanquerna han aprovechado, por lo menos, al que suscribe. Que no he descubierto nada nuevo, es cierto, pero es todavía más cierto que Lulio puede servirnos de ejemplo vivo para perfilar conceptos, puede darnos lecciones constantemente «ut boni fiamus» como dice S. Buenaventura exponiendo la meta de toda ciencia y especialmente de la teología. La ciencia será coronada cuando descubra al universo como revelación. Lulio se afana y lo intenta y muchas veces lo consigue.

El ideal del gobernante está expuesto en Blanquerna con caracteres trascendentes. Aquel a quien el Señor ha confiado el cuidado de su rebaño debe encontrarse constantemente con Dios, debe examinarse si su amor a los hombres corre, aunque sea de lejos, parejas con el amor que Dios les tiene. Raimundo el loco establecerá con rasgos místicos sublimes el ideal del gobernante eclesiástico con estas palabras:

Encontráronse el Amigo y el Amado y sus bocas callaron y los ojos, con que se hacían señas de amor, lloraron y sus amores hablabron... ¿has tú comido tal vez algún manjar que haya sido escogido con fuego de amor? ¿Y te has lavado las manos con lágrimas de tus ojos? ¿Y eres tú beodo y loco por amor que hayas bebido? ¿Te expusiste jamás a peligro alguno para honrar a tu amado? ¿Tienes tu materiales de amor de que hagas tinta con que escriba tu amado?³⁵ Sólo aquel que siente con el amado, que llora con El por todas las desgracias que la desobediencia a Dios ha provocado; sólo el que de alguna manera sea capaz de responder a las preguntas de Raimundo es digno de regir la Iglesia de Dios.

FR. MIGUEL OLTRA, O. F. M.

San Francisco el Grande

Madrid

³⁵ I. c., c. 80, p. 405.